

CHINA GOLPEA EN EL CLUB ATOMICO

China se ha convertido en la cuarta potencia atómica: la cuarta después de Estados Unidos, la URSS y la Gran Bretaña. La cuarta y no la quinta, ya que ha aventajado largamente a Francia. Por otra parte, ha dado un paso decisivo en la producción de materia fisible. Habiendo partido la última en la carrera atómica, China ha escogido una vía que nadie había explotado hasta ahora: la separación electromagnética de dos isótopos de uranio. Y ha conseguido por ese procedimiento, que hasta ahora no había sido ensayado más que en laboratorio, una aplicación industrial a gran escala. En este número ofrecemos dos artículos sobre el esfuerzo chino y su importancia política.



如何保持軋軋表白光滑？

軋痕、疤坑

SIGUE

HACIA UN "EQUILIBRIO DEL TERROR" EN ASIA

Por **JUAN ALDEBARAN**

UNA bomba atómica alojada en el fino extremo de un cohete balístico, un cohete balístico capaz de transportar con cierta precisión de tiro una bomba atómica a una distancia media, son dos realizaciones que requieren para una nación un considerable esfuerzo industrial, científico, técnico y económico. Hasta ahora sólo dos «superpaíses» habían conseguido, tras largos años de trabajo, alcanzar ese estadio de la ciencia militar y hasta conseguir un verdadero virtuosismo en la miniaturización de la bomba atómica y la fabricación de cohetes «inteligentes»: Estados Unidos y la URSS. Francia no ha llegado a tanto. Gran Bretaña lo hubiese conseguido de no haber detenido voluntariamente hace tiempo sus ensayos nucleares. Alemania tendría esa capacidad de no pesar sobre ella la prohibición de quienes la vencieron: Alemania fue la cuna de los cohetes balísticos y de los principios de la ciencia militar atómica y sus vencedores la despojaron a tiempo, y en beneficio de ellos, de este terrible poder. En la madrugada del 26 al 27 de octubre, un tercer país ha conseguido demostrar su capacidad para esa difícil especialización: China. El ensayo de una bomba nuclear disparada por un cohete balístico ha supuesto una sorpresa grave para un mundo que se niega insistentemente a aceptar la existencia de China. Se creía que sus experimentos estaban mucho más retrasados. Su primera experiencia nuclear data de hace dos años.

En ese breve plazo, China ha recorrido velozmente etapas muy largas. Su primera bomba estalló el 16 de octubre de 1964. Tenía una potencia de 20 kilotoneladas y estaba fabricada con uranio enriquecido. Fue ya una sorpresa. No se sabía hasta entonces que China tuviese una fábrica de separación isotópica capaz de producir uranio enriquecido. Se supo entonces que tenía por lo menos una, en Lanchow. La segunda bomba, el 14 de mayo de 1965, de la misma potencia, confirmó la existencia de la fábrica de separación isotópica. Su sorpresa consistió en que fue lanzada desde un avión: es decir, demostró que los sabios chinos habían conseguido el procedimiento necesario para «miniaturizarla», o sea, de encerrar la terrible potencia en un

artefacto capaz de ser transportado por un avión. La tercera explosión sucedió el 9 de mayo de este año y contenía «material termonuclear». Podía suponerse que la técnica necesaria para crear una bomba de hidrógeno —es decir, una bomba en la que sirve de detonador una bomba atómica clásica— estaba ya en sus manos. Esta cuarta experiencia de ahora supone ya la miniaturización absoluta

de la bomba y la capacidad de producir vectores operacionales —se llaman vectores los vehículos capaces de transportar bombas a distancia—. Parece que esta sorpresa ha sido no sólo para los profanos, sino para los poseedores de los secretos militares y políticos del mundo.

Para comprender la importancia de este calendario es preciso compararlo con los de otros países. La URSS rea-

lizó su primer experimento atómico el 29 de agosto de 1949; pasaron cuatro años hasta que el 12 de agosto de 1953 realizó el segundo (termonuclear) y seis hasta que el 23 de noviembre de 1955 consiguió reducir el tamaño de la bomba y lanzarla desde un avión. Francia procedió a su primera explosión atómica el 13 de febrero de 1960; no ha conseguido todavía llegar al estadio de la bomba atómica china.

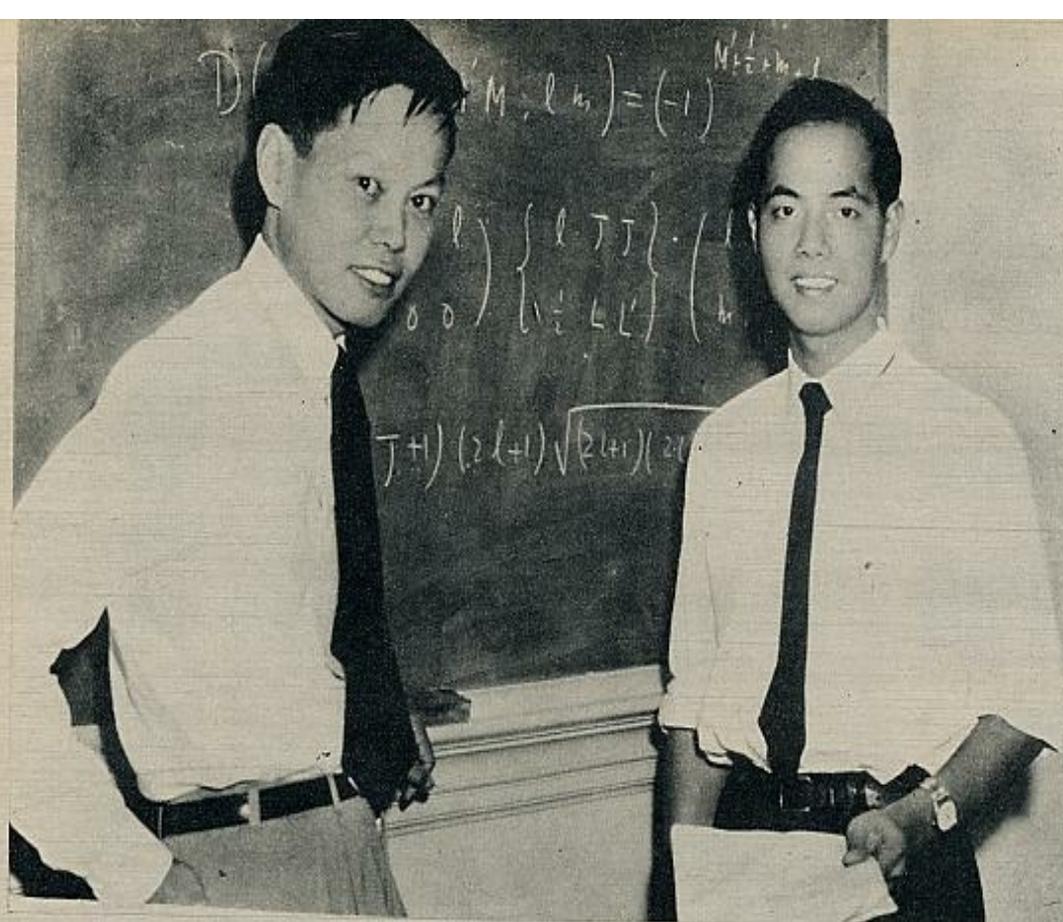
¿Qué significa esto? Que en un plazo muy breve, China puede ser una potencia nuclear de primer orden. Aunque probablemente nunca pueda superar totalmente su retraso, nunca pueda tener la misma cantidad y la misma calidad de armas nucleares que los Estados Unidos y la URSS —que, a su vez, continúan incesantemente su progreso—, su arsenal de armas y vectores sea suficiente para poder conducir una guerra nuclear contra cualquiera de esas naciones. No solamente tendrá una fuerza «de disuasión», según la doctrina militar de De Gaulle —es decir, la suficiente como para disuadir a cualquier agresor en potencia de atacarla— sino una fuerza perfectamente operacional, capaz de destruir en un porcentaje grave las industrias, las ciudades de cualquier país enemigo.

Esta seguridad que parecen tener hoy los expertos incide seriamente en los datos políticos del mundo de hoy. Para los Estados Unidos, enfrentados directamente con China en Asia, puede suponer una tentación importante: la de ampliar la guerra asiática velozmente hasta atacar directamente a China, aun con bombas atómicas, para destruir su industria de guerra y sus centros militares y políticos antes de que se convierta en una «superpotencia». Para la URSS, atacada continuamente por China —incluso en el mismo comunicado en el que se anunciaba la cuarta explosión nuclear— puede haber una tentación similar. A nadie se le ocultan los riesgos que podría implicar una decisión de esa índole. Iniciar una guerra atómica es hoy una decisión tan terrible que nadie es capaz de tomarla. Por otra parte, aun atacada con bombas atómicas, y salvo el impensable caso de que se exterminase su población en masa, China seguiría siendo un enemigo grave, capaz de desbordar su inmensa población sobre



EL PADRE DE LA BOMBA

Tsien San-tsiang es el padre de la bomba. Nació en 1906, en el seno de una familia culta. Doctorado en ciencias físicas por la Universidad de Pekín, se trasladó a París en 1934, con una beca franco-china. Trabajó como asistente en el instituto del Radio. Posteriormente trabajó junto a Frédéric Joliot-Curie en el laboratorio que montó éste en el Collège de Francia. En Francia conoció a una física china, Ho Zaeih, que estudiaba en Heidelberg, con la cual contrajo matrimonio. En 1943, Tsien San-tsiang —la guerra no le permitió retornar a China— ocupa una cátedra en la Sorbona y sigue trabajando con Joliot. En 1949 dejó Francia definitivamente.



Poco después de recibir el premio Nobel de Física, en 1957, los profesores Li y Yang intentaron regresar a China. Un avión los esperaba en el aeropuerto de Estocolmo. No lo pudieron conseguir. En Hong-Kong fueron detenidos por los servicios USA.

toda Asia en una guerra clásica. La experiencia del Vietnam, donde el poderío americano no consigue dominar un puñado de guerrilleros, hace imaginar lo que sería la continuación de una guerra sobre China, sobre un inmenso territorio habitado por la cuarta parte de la Humanidad.

La alternativa que se plantea es la de aprender a convivir con los chinos. Estamos viviendo una época que se llama del «equilibrio del terror». Las diferencias de sistema, de programa global, de situación geopolítica entre Estados Unidos y la URSS llegaron, en la posguerra pasada, a una situación que sólo parecía capaz de resolverse mediante una conflagración. El terror que cada una de estas dos naciones imponía a la otra consiguió un equilibrio, y ese equilibrio se ha ido haciendo poco a poco soportable hasta el punto de que hoy se entiende la coexistencia como posible; una coexistencia en que la paz está establecida sin necesidad del uso del terror. ¿Puede llegarse a una situación parecida con China?

Cualquiera que observe los fenómenos que se están produciendo hoy en China respondería que no. China basa su política en una doctrina de «guerra inevitable». China es un país sincero y directamente revolucionario. Su revolución nacional no ha terminado: el último sobresalto de la «revolución cultural», la aparición de los «guardias rojos», son episodios de una revolución que no

ha cesado de estar en marcha. China entiende esta revolución de una manera global: el comunismo, dice, sólo puede implantarse en el mundo mediante una serie de revoluciones. En nuestros días, estas revoluciones toman forma de guerras. China, por otra parte, responde así a una situación geopolítica especial. Ha llegado a la conclusión de que el camino revolucionario que sigue no sirve solamente para la implantación de su doctrina, sino para asegurar su supervivencia como nación independiente. Es decir, que al mismo tiempo que se cree investida de la misión histórica de ser cuna de la revolución mundial, vive alucinada por una revitalización de su nacionalismo. Parece que estos dos extremos son incompatibles. Sin embargo, China los practica. China vive en una tensión guerrera y revolucionaria continua.

Los riesgos de que una nación así inflamada se convierta en una superpotencia atómica son rápidamente visibles. No hay que insistir en ellos. Pero en este terreno de las hipótesis, cabe también fácilmente suponer que la evolución industrial y militar de China la lleve a adoptar alguna vez conclusiones distintas. La URSS no es hoy la misma que era en la época de Stalin. China puede dejar de ser en un futuro la China exaltada de Mao que conocemos hoy. Puede ella, en algún momento, sentir también la necesidad de ajustarse al equilibrio del terror que, en el fondo, es un

pacto tácito. Pero no podrá engarzar su pensamiento en esa relativa serenidad mientras se siente objetivo de guerra, mientras se vea más o menos cercada como se ve hoy. Muchas personas en los Estados Unidos han expresado ya esta idea. Pero esta idea supone un dilema trágico para los Estados Unidos.

Si los Estados Unidos reconsideran ahora su posición en Asia, si ofrecen a China una oportunidad, ¿cuáles serán las consecuencias? Para que los Estados Unidos adoptasen esa política tendrían que comenzar por una «desescalada». En primer lugar, verbal: cambiar su lenguaje, enérgico y duro frente a China, por un lenguaje contemporizador. En segundo lugar, militar: reducir su acción en Vietnam hasta llegar al abandono de las posiciones asiáticas. Es muy posible que los Estados Unidos

no dudasen en tomar tan desgarradora —para ellos— decisión si tuviesen la seguridad de conseguir con ello el efecto deseado. Es decir, un apaciguamiento en Asia, una «reconversión» de la dureza china, un equilibrio del terror entre tres potencias en lugar de dos como hasta ahora. China participaría entonces en las conferencias de desarme, en las Naciones Unidas, en los organismos internacionales. Pero, ¿y si no resulta así? ¿Y si China no se conforma con el «equilibrio del terror» y prolonga indefinidamente su esfuerzo? ¿Y si entiende que el abandono asiático de los Estados Unidos es una demostración práctica de la autenticidad de su doctrina? Sería, entonces, otra vez el riesgo de guerra mundial, pero en circunstancias mucho más desfavorables para los Estados Unidos.

Las alternativas, tal como se presentan en estos momentos, son dramáticas. Quizá una solución, desde el punto de vista de los Estados Unidos, fuese el principio de un diálogo con China —en la ONU, en Ginebra, o en una conferencia panasiática como la que ha propuesto Fulbright hace unos días— sin abandonar su posición de fuerza hasta tener una seguridad de que China es «dialogable». Pero esa posición de fuerza, a su vez, está comprometiendo a Estados Unidos en terrenos que no son solamente el asiático. Le ha hecho perder fuerza moral ante el tercer mundo; le ha causado el abandono de algunos de sus aliados; ha provocado la división en el país. Y la falta de victorias militares ha dañado su prestigio. Por la misma razón por la cual China no puede desmontar su máquina de guerra psicológica, los actuales dirigentes de los Estados Unidos no pueden, tampoco, tender claramente la mano...

Estas son algunas de las implicaciones de la cuarta explosión atómica china. Si el futuro es imprevisible en sus detalles, no es en cambio arriesgado decir que las sorpresas encerradas en el anuncio de esta explosión son tales que tienen que modificar enteramente los cálculos de ese futuro. ●

(Sigue)

EL PADRE DEL COHETE

Tsien Hsue-shen dirige el equipo de físicos e ingenieros que ha lanzado el primer proyectil atómico chino. Es, pues, el padre de los proyectiles atómicos en China. Nació en Shanghai, en 1909. Se ha formado en el Instituto Tecnológico de Massachussetts y en los laboratorios atómicos de California. Tiene la formación de un ingeniero aeronáutico en Estados Unidos. En 1950 fue denunciado por la Policía de Los Angeles por enviar información sobre proyectiles —supuestamente— a China. Al regresar a su país fue nombrado miembro de la Academia de Ciencias y más tarde, en 1956, ingresó en el Partido Comunista.